

fos de la guerra, sino el triunfo pacífico del trabajo, coronando al vencedor de la materia bruta, cuya victoria enjugará muchas lágrimas en lo futuro sin hacer derramar ninguna á las generaciones presentes.

Así, señores, debemos persuadirnos, que tal vez asistimos en este momento á una escena digna de la posteridad, y que muchos de los nombres que hoy resonarán en este limitado recinto, serán bendecidos por nuestros hijos, como los de otros muchos benefactores de la humanidad que hemos recordado antes.

Séame permitido, mientras tanto, saludar y felicitar á los premiados en nombre del país y del gobierno; alentarlos con mi voz en sus nobles y fructíferas tareas y decirles á ellos y á los que imiten tan hermoso ejemplo, que el más humilde animal, la más humilde planta, la más pobre flor, el más insignificante producto que el hombre pueda modificar ó mejorar con la inteligencia y el trabajo, dándole una aplicación útil y agradable, tiene más influencia sobre la felicidad del género humano, que un nuevo astro descubierto por el astrónomo en la inmensidad de los cielos.

XX

ORDEN DEL DÍA AL EJÉRCITO DE BUENOS^o AIRES CON MOTIVO
DE LA PAZ DE 11 DE NOVIEMBRE

Noviembre 15 de 1859.

Soldados del ejército de la capital:—La paz está afianzada por la fuerza de vuestras bayonetas. El ejército que os amenaza no ha podido imponeros la ley de la violencia, ni destruir el orden de cosas creado por vuestra soberana voluntad, pues por el tratado que ha firmado, y que el gobierno ha puesto bajo vuestra salvaguardia, reconoce plenamente vuestra soberanía, deja el derecho y la fuerza en las mismas manos en que los encontró, y se obliga á evacuar el territorio del Estado sin pisar el recinto sagrado de la ciudad de Buenos Aires.

Guardias nacionales de la capital:—Habéis probado una vez más que Buenos Aires no necesita más trincheras que los pechos de sus hijos, pues con la mitad de la ciudad abierta, vuestras hileras han cubierto las avenidas, evocando los gloriosos recuerdos del pasado sitio, llenos de fe en el triunfo de la grande y noble causa que Buenos Aires ha sostenido por siete años, y que habéis hecho triunfar por la paz, como la habríais hecho triunfar por la guerra.

Veteranos y guardias nacionales de Cepeda:—Desde el campo de batalla os conduje á la capital, después de quedar dueño de él, después de una retirada memorable, después de un combate naval glorioso en que también tomasteis parte, y vuestra presencia ha contribuido poderosamente á salvar la capital, cubriendo sus trincheras con la misma resolución con que en campo abierto y uno con-

tra cuatro derrotasteis los batallones que se midieron con vosotros.

Compañeros de armas:—Si hablo de esta manera interpretando el sentimiento público, es en nombre de la dignidad del pueblo de Buenos Aires, no estimulado por la vanagloria ni el orgullo, para que todos comprendan, y sepan los propios y extraños, que lo que hemos alcanzado lo debemos á nuestros propios esfuerzos, á nuestra constancia, á la fidelidad á los principios porque hemos derramado nuestra sangre, y que nadie puede jactarse de habernos impuesto la ley ni ejercido respecto de nosotros actos de conmiseración.

Compatriotas armados:—Mostraos dignos de la paz, como os habéis mostrado dignos de los grandes y dolorosos sacrificios de la guerra. Aceptad con nobleza la posición que los sucesos nos han creado, sin altanería, pero sin debilidad. Seamos fieles á los compromisos que hemos contraído, mantengámonos unidos, y probemos con nuestros hechos, que al ingresar nuevamente á la gran familia argentina, lo hacemos con nuestra bandera, con nuestros hombres, con los mismos principios que hemos sostenido por el espacio de siete años, dispuestos á sostenerlos con energía en las luchas pacíficas de la opinión, y á defenderlos aún á costa de nuestras vidas, si la violencia pretendiese atacarlos.

Soldados del ejército de la capital:—Al bendecir la paz que el Cielo y nuestros esfuerzos nos han dado, al abrir los brazos para estrechar en ellos á todos los hermanos de la familia argentina, no olvidéis que en el recinto de Buenos Aires se han salvado una vez más los inmortales principios de la Revolución de Mayo, y decid conmigo en este solemne momento: ¡Viva Buenos Aires! y que este grito os aliente en medio de la paz á perseverar en la virtud cívica, como os ha alentado tantas veces en medio de las luchas sangrientas que hemos empeñado en defensa de nuestros derechos.

XXI

PROGRAMA DE GOBERNADOR
PRONUNCIADO ANTE LA ASAMBLEA DE BUENOS AIRES
EL 3 DE MAYO DE 1860

Honorables senadores y representantes:

Al jurar en presencia de Dios cumplir fielmente los altos deberes que me habéis encomendado, he sentido sobrecogida mi alma, porque comprendo que he aceptado la terrible responsabilidad de corresponder á las esperanzas que un pueblo generoso se ha dignado depositar en mí.

Pero, por inmensa que sea esa responsabilidad, por grandes que sean las dificultades del presente y las incertidumbres del porvenir, el aliento varonil del pueblo de Buenos Aires de que me siento penetrado, me da fortaleza suficiente, para aseguraros que esas esperanzas no serán burladas en cuanto de mí dependa.

Debo á la confianza con que me habéis honrado la manifestación de los principios políticos que han de guiar mi marcha, en la realización de esas legítimas esperanzas del pueblo de que sois sus dignos representantes.

Creería traicionar mi mandato y los intereses de la gran mayoría del país, si no declarase bien alto y ante todo, que gobernaré con el partido que ha fundado y ha salvado las grandes instituciones de Buenos Aires; pero no para él sólo, sino para todos sin excepción alguna, levantando la ley sobre todas las cabezas; porque sólo así se radica la moral pública y las pasiones se serenán.

Profundamente penetrado de que el pueblo tiene el derecho de esperar que sus destinos se fijen permanentemente, por la adopción de una política definitiva, que coseche

los frutos de tantos sacrificios, marcharé decididamente á la realización de la unión argentina, á la más pronta incorporación de Buenos Aires al resto de la familia argentina, como el mejor medio de asegurar su paz en lo presente y hacer su felicidad en lo futuro; pero salvando siempre el decoro, los derechos y los intereses de Buenos Aires sin retroceder ante nada y ante nadie para que en ningún caso sean menoscabados.

Persuadido de que tenemos bastante libertad y que necesitamos más autoridad y más administración, propenderé á robustecer la acción gubernativa que nace de la ley á fin de armonizar así las fuerzas vivas de la sociedad que concurren al bien, porque éste es el medio más eficaz de impulsar los intereses morales y materiales por el ancho camino del progreso.

Mantendré la pureza administrativa, reprimiré el desorden dondequiera que se presente, atenderé muy principalmente al ejército que ha de defender la frontera, sin capitular por ninguna consideración con ningún interés ilegítimo.

Tales son mis propósitos, honorables senadores y representantes.

Para realizarlos cuento con vuestra eficaz y decidida cooperación, la que espero no me faltará cuando la invoque en nombre del bien público, cualesquiera que sean las pruebas que nos esperen todavía.

Cuento con el apoyo moral de todos los ciudadanos y habitantes del país, en cuya opinión buscaré mis inspiraciones.

Cuento con la decisión y las virtudes cívicas de la valerosa guardia nacional ceñida con la triple corona de Septiembre, del sitio y de Cepeda.

Cuento con la buena voluntad y con la buena fe del gobierno de la Confederación Argentina, que en presencia de los grandes intereses de los pueblos sabrá elevarse á la altura que corresponde.

Cuento con los votos y con el concurso desinteresado de todos los hombres de las provincias hermanas que amen

de veras la libertad y la unión y quieran de veras la paz, sean que se hallen rigiendo ó no sus destinos.

Cuento sobre todo con la protección de la Divina Providencia que no abandonará jamás á Buenos Aires, como no lo abandonó en sus horas de conflicto.

Después de esta manifestación sólo me resta, honorables senadores y representantes, elevar mis votos al Cielo por la ventura de los pueblos bajo los auspicios de la concordia, de la libertad y de la paz, para que él bendiga de lo alto nuestras tareas, para que podamos legar á nuestros hijos, una patria grande, libre y fuerte, cumpliendo así el testamento de nuestros padres.

XXII

EN LA JURA DE LA CONSTITUCION
NACIONAL

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA PLAZA DE LA VICTORIA
COMO GOBERNADOR DE BUENOS AIRES

21 de octubre de 1860.

Conciudadanos:—Al levantar vuestras manos al cielo, en ademán de poner á Dios por testigo del solemne juramento que vamos á prestar, bendigamos á la Divina Providencia que nos ha permitido alcanzar las luces de este día. El será memorable en los anales argentinos, y vinculará un recuerdo más á este recinto sagrado, sobre cuyo polvo histórico han quedado estampadas las huellas profundas de veinte generaciones que nos han precedido.

A vuestros pies, sobre vuestras cabezas, hasta donde alcance vuestra vista interrogando el horizonte, están las señales indelebles y los monumentos permanentes, que marcando el punto de partida, nos recuerdan los trabajos del pasado enseñándonos la ruta misteriosa del porvenir.

Mirad hacia el Oriente: ahí tenéis el majestuoso Río de la Plata, que ha dado su nombre á la patria de los argentinos: sus ondas están serenas y murmuran blandamente, como en el día en que arribaron á estas playas las primeras naves europeas, que nos traían la civilización.

Elevad vuestra vista hacia lo alto, y contemplaréis el mismo firmamento azul engalanado de blancas nubes, que dió sus colores á la bandera nacional, y que ese mismo sol iluminó con uno de sus rayos.

Aun podéis percibir al través del arco triunfal que tenéis á vuestro frente, el recinto de los primeros baluartes que trazó la espada victoriosa del fundador de esta ciudad, y que después han sido testigos de las primeras hazañas militares de este pueblo.

Allí, bajo las plantas de un pueblo libre, está la piedra fundamental de la ciudad de Buenos Aires, que tres siglos no han podido conmover.

Esa soberbia catedral que veis con su magnífica columna, ocupa el mismo sitio donde se alzó la primera cruz para adorar el verdadero Dios, legislador supremo del universo, bajo cuyos auspicios nos hemos constituido.

Aquella es la tribuna augusta, desde lo alto de la cual nuestros padres proclamaron la soberanía del pueblo, el 25 de mayo de 1810, hace hoy cincuenta años.

Ese es el noble y sencillo monumento, á que sirven de espléndida corona las luces perennes del Sol de Mayo, que trae á la memoria de los presentes y transmitirá á los venideros, otro juramento no menos sublime que el que vamos á prestar, y que pronunciaron nuestros padres, cuando confiaron la nave de la República á las ondas agitadas de la democracia, encomendando á sus hijos que la llevaran á puerto de salvamento.

Hoy recién, después de medio siglo de afanes y de luchas, de lágrimas y de sangre, vamos á cumplir el testamento de nuestros padres, ejecutando su última voluntad en el hecho de constituir la nacionalidad argentina bajo el imperio de los principios.

Hoy recién, después de tantos días de prueba y de conflictos, podemos decir con júbilo en el alma, y con el corazón rebosando de esperanza: Esta es la constitución de las Provincias Unidas del Río de la Plata, cuya independencia fué proclamada en Tucumán hace cuarenta y cuatro años, el 9 de julio de 1816. Esta es la constitución de la República Argentina, cuyo voto fué formulado hace treinta y cuatro años por el congreso unitario de 1825. Esta es también la constitución del congreso federal de Santa Fe, complementada y perfeccionada por la revolución de

Septiembre en que Buenos Aires reivindicó sus derechos, y como tal, ésta es la constitución definitiva, verdadero símbolo de la unión perpetua de los hijos de la gran familia argentina, dispersados por la tempestad, y que al fin vuelven á encontrarse en este lugar en días más serenos, para abrazarse como hermanos, bajo el amparo de una ley común.

Conciudadanos:—Yo os invito á jurarla en el nombre de Dios y de la patria, en presencia de estos grandes recuerdos de la historia, con conocimiento perfecto de las altas lecciones de la experiencia y á la sombra de esta vieja y despedazada bandera del inmortal ejército de los Andes, que ha paseado triunfante medio mundo, protegiendo la libertad de tres Repúblicas.

Puedo invitaros con plena conciencia á que prestéis el juramento cívico que os voy á demandar. Esta constitución satisface vuestras legítimas esperanzas hacia la libertad, y hacia el bien: ella es la expresión de vuestra soberana voluntad, porque es la obra de vuestros representantes libremente elegidos; es el resultado de las fatigas de vuestros guerreros y de las meditaciones de vuestras altos pensadores, verbo encarnado en nosotros, es la palabra viva de vuestros profetas y de vuestros mártires políticos.

Si en este momento, esos mártires y esos profetas pudieran hablaros como yo con labios de sangre y de carne, ellos os dirían inflamados de santo patriotismo: «¡Jurad, »jurad con religioso respeto, con corazones llenos de fe y »exentos de rencores, que ese juramento es grato al Cielo »y benéfico á la tierra, porque él asegura la libertad pa- »cífica para los pueblos argentinos, y la fraternidad per- »petua para vosotros y para vuestros hijos!»

XXIII

EXEQUIAS DE LAVALLE

DISCURSO PRONUNCIADO AL CERRAR LA URNA CINERARIA

Enero 20 de 1861.

Mejor se triunfa muriendo que matando.

Señores:—Estos son los restos mortales del general don Juan Lavalle, restituídos á la tierra natal después de veinte años de proscripción en la tumba; y éste es el pueblo de Buenos Aires que los conduce en triunfo á la morada del eterno descanso, después de haber recibido los homenajes de Bolivia, de Chile y de la República Argentina.

Con esto está dicho con la elocuencia sencilla de los hechos, que la América se asocia á nuestros sentimientos, que la familia argentina se halla reunida al fin bajo los auspicios de la paz, que Buenos Aires es libre, que la tiranía que la deshonraba ha desaparecido, y que habiendo pasado la época de la ingratitud de los pueblos, los hombres ilustres de nuestra patria empiezan á recibir el culto de la posteridad.

Los votos de Lavalle están cumplidos, y su sacrificio no ha sido estéril.

Campeón de la emancipación americana, su nombre está escrito en la historia de ocho Repúblicas independientes. Fundador de la nacionalidad argentina, catorce provincias sostienen hoy su urna. Mártir de la libertad del Río de la Plata, un pueblo libre y agradecido viene á depositar sobre sus restos inanimados la corona del marti-

rio. Hombre de principios, superior á los brutales enconos de las luchas, todos los hermanos pueden abrazarse en torno de su sepulcro.

Esto es lo que constituye la grandeza moral de Lavalle, lo que le hace digno de presentarlo como modelo, y lo que hará que su nombre sobreviva á las pasiones tumultuosas que sólo dan la gloria pasajera de un día. Cualquiera puede ser valeroso en el campo de batalla: muchos pueden morir en defensa de una grande y noble causa; éstas son condiciones accesorias en un héroe republicano, lo que es dado á pocos, es tener la grandeza de alma de Lavalle para hacerse superior á sus errores, confesándolos, procurando enmendarlos, y enmendándolos en efecto, haciéndose superior á los que en presencia de las hecatombes de la tiranía le exigían la represalia como medio de hacer triunfar la causa de la libertad por el terror; y él les enseñó con el sacrificio generoso de la vida, que las causas de principios no pueden triunfar sino por medios análogos á sus fines, y que se triunfa mejor muriendo que matando.

Por eso, el general Lavalle vencido, muerto por una bala perdida á la incierta luz del crepúsculo de la mañana, caído en medio de pocos amigos en los últimos confines de la República, cuyo cadáver fué salvado en brazos de sus compañeros de infortunio, y cuyos huesos han andado peregrinando por la América, recorriendo el teatro de sus antiguas glorias, triunfa en el sepulcro del tirano que dispersó sus legiones, y le persiguió en muerte por cortarle la cabeza, y que árbitro entonces de los destinos de un pueblo, proclamaba la omnipotencia del terror profanando los cadáveres de sus enemigos vencidos.

La tiranía ha caído en medio de las maldiciones de los pueblos; los huesos del tirano no encontrarán ni una humilde sepultura en la tierra que esclavizó, mientras que las cenizas del que murió obscuramente en Jujuy en la madrugada del 9 de octubre de 1841, vuelven triunfantes á la patria en medio de las bendiciones de dos generaciones que proclaman la omnipotencia de la verdad, de la justicia y de la moral.

Inclinémonos con religioso respeto ante el poder de la idea que simboliza esa urna cineraria, y al hacerlo, consagremos un recuerdo á los que salvando de la profanación el cadáver de su general, dieron á la historia argentina una de sus páginas más tiernas y sublimes, enseñando con el ejemplo, que hay entre nosotros hombres que saben sacrificarse no sólo por la felicidad de los vivos, sino también por los despojos de los muertos.

Y mientras se levanta el monumento fúnebre que se ha de construir con el óbolo del pueblo agradecido, descansen en paz esos huesos tan atormentados en la vida, al lado de los de Rivadavia que también se hallaban proscriptos como los de Lavalle, encomendando su cuidado á la piedad de la Sociedad de Beneficencia, que representa aquí á las madres y las esposas que bendicen al salvador del honor de sus esposos y de sus hijos.

Y para memoria eterna de este acto de justa reparación, deposito en la urna esta medalla conmemorativa, de que sólo existen dos ejemplares (*). El cuño que la estampó ha sido roto, como se ha roto el molde en que el Hacedor Supremo vació la noble figura del general Lavalle. La tierra la devolverá intacta á las generaciones venideras, cuando sus huesos se hayan convertido en polvo. ¡Que la gloria del general Lavalle dure tanto como nuestra gratitud, son los votos que hace el pueblo y el gobierno de Buenos Aires, en presencia de sus despojos inanimados!

(*) El otro ejemplar fué depositado en el Monetario del Museo.

XXIV

EL CAPITAL INGLES

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA INAUGURACIÓN DEL
FERROCARRIL DEL SUD DE BUENOS AIRES (*).

Marzo 7 de 1861.

Señores:—Al tomar en mis manos los instrumentos del trabajo para levantar y conducir la primera palada de tierra del gran Ferrocarril del Sud, dije que sentía mayor satisfacción que la que experimentaría dirigiendo máquinas de guerra, aunque fuese para triunfar gloriosamente.

Más noble lucha y más grande triunfo es llevar la alegría y la esperanza á las más remotas poblaciones de la campaña, anunciándoles con el silbato de la locomotora, que una nueva era de gloria pacífica y abundancia comienza para ellas.

Por eso al derramar sobre el proyectado terraplén de la vía, mi carretilla llena de tierra argentina, que el capital inglés y el trabajo de los inmigrantes va á fecundar, agregué: que éste era el feliz presagio de un gran futuro, y que confiaba que la semilla de progreso que iba á depositarse en su seno, fructificaría y daría abundante cosecha á los jornaleros.

Ahora, al contestar al cordial saludo que se me ha dirigido en nombre de los extranjeros aquí presentes, y prin-

(*) La mayor parte de este discurso fué publicado en inglés en el *Standard* de Buenos Aires de 8 de marzo de 1861, con más extensión en algunas de sus partes accesorias; pero con muchas inexactitudes en su parte fundamental, por haberse valido de notas tomadas á la ligera al mismo tiempo que se pronunciaba.

cipalmente de los ciudadanos de la Gran Bretaña, diré que no los reconozco por tales extranjeros en esta tierra. ¡No! (¡ Heard! ¡ Heard!)

Reconozco y saludo á todos los presentes como hermanos, porque todos lo somos en el campo de la labor humana. (¡ Muy bien!)

Todos los que como huéspedes desembarcan en nuestras playas y se colocan como habitantes bajo el amparo de nuestras leyes hospitalarias, traen su contingente moral y material á nuestra civilización, y mancomunan por el hecho sus esfuerzos, sus sentimientos y sus intereses con los nuestros. Nos traen sus brazos robustos, sus capitales, su inteligencia práctica y teórica, su actividad, su sangre y su corazón también. Incorporados á los elementos constitutivos de nuestra sociabilidad, estas fuerzas vivas funcionando armoniosamente forman lo que podemos llamar nuestro capital social en circulación.

Si los que se llaman extranjeros en el común hogar, no mezclan su sangre con la nuestra en el campo de batalla, las mezclamos, obedeciendo á las leyes del Creador, á fin de que prevalezca por su fusión la raza inteligente y varonil á que está reservado el gobierno del mundo, por ser la única que bajo los auspicios de una moral eterna ha sabido realizar los prodigios de una civilización duradera y perfectible. Ellos caminan como nosotros á lo largo de los surcos, armados del arado inglés y de la segadora norteamericana, y este pedazo de pan que rompo ahora en honor de la confraternidad en el banquete de la vida, como un símbolo de la comunión de todas las razas humanas, es el producto de las mieses que regaron con su sudor agricultores británicos y peones argentinos, y que hoy comen en santa paz y amistad los representantes de todas las naciones del orbe, cuyas banderas tremolan sobre nuestras cabezas. (Aplausos.)

Ahora, en cuanto respecta á las congratulaciones de que he sido objeto, por la parte que me haya cabido en esta obra, contestaré como representante de los que conmigo han cooperado á ella, á la manera del general que se coronaba

en presencia de un ejército: «Mis soldados han ganado la corona, y yo me la pongo en su nombre.»

Pero, señores, éstos son únicamente los efectos visibles que palpamos. Démonos cuenta de este triunfo pacífico, busquemos el nervio motor de estos progresos y veamos cuál es la fuerza inicial que lo pone en movimiento.

¿Cuál es la fuerza que impulsa este progreso?

Señores, es el capital inglés.

Desearía que esta copa fuese de oro, no para adorarla como el becerro de la antigüedad, sino para poderla presentar más dignamente como el símbolo de las relaciones amistosas entre la Inglaterra y el Río de la Plata, nuestra enemiga cuando éramos colonias, y nuestra mejor amiga durante la guerra de la independencia.

En 1806 y 1807 los ingleses nos trajeron hierro en forma de espadas y bayonetas, y plomo y bronce en forma de balas y cañones, y recibieron en cambio hierro, bronce, plomo y fuego, y su sangre y la nuestra derramada en las batallas fué oreada por el pampero en las calles de Buenos Aires. (Sensación.)

Después vinieron con hierro en forma de picos y palas, con algodones, con paños y se llevaron en cambio nuestros productos brutos para convertirlos en mercaderías en sus manufacturas. Esto sucedía en 1809. Desde entonces quedó sellado el consorcio entre el comercio inglés y la industria rural del país. Los derechos que los negociantes ingleses abonaron en aquella época á la aduana de Buenos Aires, fueron tan cuantiosos, que fué necesario apuntalar las paredes de la Tesorería por temor de que el peso que soportaban, las echase al suelo.

Esta fué la primera hazaña del capital inglés en estos países, que presagiaba la caída de las antiguas murallas y el advenimiento de una nueva época.

Verdaderamente, señores, el capital inglés es un gran personaje anónimo cuya historia no ha sido escrita aún.

Cuando las colonias hispanoamericanas declararon su independencia á la faz del mundo, nadie creyó en ella. Las nuevas Repúblicas no encontraban en Europa quien les pres-

tase un peso, ni quien les fiase un ciento de fusiles. Sólo el capital inglés tuvo fe en su porvenir, y abriendo sus ferrados cofres les dijo: «Aquí están las libras esterlinas del comercio británico: tomad lo que necesitéis.» Y este acto valiente de los comerciantes de un pueblo, inspiró á su gobierno la política que debía seguir hasta el día que por boca de lord Canning pronunció aquellas memorables palabras: «Un mundo no puede llamarse rebelde.»

Cuando las Provincias Unidas despedazadas por la guerra civil, pobres, casi sin rentas y sin crédito, no encontraban un solo argentino que les prestase un real, el capital inglés envió á una sola de sus provincias la cantidad de cinco millones de libras esterlinas para construir puertos y poblar nuestros desiertos en la frontera, bajo garantía de sus tierras públicas. Si no se aplicaron á esos objetos, no es menos cierto que confiaron en la fuerza creciente de nuestro progreso tal vez más que nosotros mismos.

Pasaron cerca de veinte años sin que se abonasen por nosotros la amortización y los intereses de ese empréstito. Pero, como los ingleses saben que los pueblos no mueren ni quiebran, creyeron en la inmortalidad de su capital; y hoy lo ven resucitar en forma de rieles, de locomotoras y carbón de piedra, para abrir el camino del desierto prometido, que poblarán pronto los inmigrantes sirviéndoles de baqueano el ingeniero.

A esta confianza racional en el porvenir de los pueblos nacientes, es que debe el comercio inglés ser poseedor del más gigantesco capital que haya tenido jamás el mundo, reproductivamente colocado en todo el mundo, cuyos intereses y provechos hacen afluir el oro á su gran mercado monetario, siendo sus tributarios todos los que le deben. Tal es el secreto de la abundancia del dinero de Londres, y tal es la base de la prosperidad del comercio británico, cuyo capital á la manera de un gran personaje, como dije antes, vive de sus rentas, sin dejar por esto de trabajar para acrecentarlo.

Por eso es que unos cuantos ingleses asociados comercialmente fundaron los Estados Unidos de América, y sus

cartas de sociedad mercantil son hoy las constituciones de pueblos libres.

Por eso el capitán Cook al poblar de cabras las solitarias islas del Océano Pacífico, derramaba gratuitamente sus beneficios en nombre de la riqueza de su patria para que los gozasen las generaciones venideras.

Por eso media docena de comerciantes dieron á la Gran Bretaña en la India el dominio del más vasto imperio y la prolongación de su grandeza en los tiempos.

Por eso la Australia derrama hoy sus tesoros á los pies de la Gran Bretaña, á la vez que elabora su propio capital.

Ahora sí, repito, que desearía tener en las manos una copa de oro, no para brindar en honor de estos prodigios realizados por la libra esterlina, sino para saludar con la cabeza descubierta la gloria de aquella grande y generosa nación que en 1833 votó quinientos millones para rescatar los esclavos negros de sus colonias, pronunciando aquellas sublimes palabras que resonarán eternamente en los oídos de la humanidad: «¡Perezcan las colonias y sálvese el principio!»

Estas son las ricas y gloriosas recompensas del trabajo de las naciones.

Cuando se contempla la grandeza de la Inglaterra se creería que la acumulación de su capital es el producto de cientos y cientos de años de elaboración. Sin embargo, no es así.

Hace apenas ciento ochenta años que la Inglaterra no era mucho más que nosotros al presente.

En 1685 Londres era ya una ciudad de más de quinientos mil habitantes, y sin embargo era peligroso aventurarse en sus calles después de las siete de la noche, porque desde esa hora hasta el amanecer los ladrones eran dueños absolutos de la ciudad, como puede verse en la historia de lord Macaulay.

Por este tiempo un hombre tuvo la inspiración de colocar una linterna encendida de diez en diez casas durante seis horas de la noche en que la luna no alumbrase. Este

hombre obtuvo más honores que los que ha merecido Fulton en nuestros días. Sus contemporáneos dijeron de él, que, habiendo cambiado en esplendor luminoso las sombras de la noche, su descubrimiento eclipsaba el de Arquímedes. Es cierto, que según nos cuenta el mismo Macaulay, no faltaron opositores á la nueva luz, según ellos la llamaban; pero de esto no hay por qué asombrarse. ¡En nuestro siglo es en Inglaterra donde en el seno de un parlamento se han levantado las voces más autorizadas para oponerse á la introducción de los ferrocarriles, después que los primeros ingenieros de la Gran Bretaña habían declarado científicamente que la locomotora de Stéphenson era un gran disparate! Vaya esto por vía de correctivo á la satisfacción de los caballeros británicos aquí presentes, que tal vez iban creyendo que no se cuecen habas en Inglaterra lo mismo que aquí y que en España. (Risas.)

A propósito de habas, ¿quién creería que la primera diligencia se estableció en Inglaterra en el año 1669? El primero que anunció que haría el viaje entre Londres y Oxford en el espacio de un día contado del amanecer al anochecer, casi fué declarado loco como Colón, y hasta la Universidad de Londres como la de Salamanca tomó parte en el debate. Al fin la experiencia demostró que era posible andar quince leguas (90 kilómetros) en doce horas, no faltando quienes protestaran contra tan espantosa velocidad de locomoción. (Risas.)

No hay que extrañar esto, cuando según el mismo testimonio de los historiadores ingleses, los caminos reales de entonces eran tan peligrosos, que á veces era necesario atravesarlos á nado y con frecuencia se ahogaban los viajeros en sus pantanos.

En fin, señores, la Inglaterra en 1685, con cinco y medio millones de habitantes, tenía medio millón menos de rentas que la República Argentina en la actualidad; y todas sus rentas de aduanas era casi un millón menos que los que produce al presente la sola aduana de la provincia de Buenos Aires.

Al recordar la corta edad y los humildes orígenes de la

grandeza de la Inglaterra, quiero decir á mis conciudadanos, que dentro de ciento ochenta y cinco años podrán ser tanto y más que lo que es la Inglaterra en nuestros días, puesto que hoy tenemos á nuestro servicio instrumentos de progreso con que ella no contó antes para su engrandecimiento.

Uno de esos instrumentos es el ferrocarril que el capital inglés pone hoy á nuestro servicio.

Comparemos lo que éramos ahora pocos años y lo que somos hoy, y la fe de los grandes destinos que nos esperan se anidará en todos los corazones.

Ahora un año éramos provincias aisladas y en guerra unas con otras. Hoy somos una nación libre y unida.

La inmigración se ha duplicado.

La renta en un año ha aumentado de un veinte y cinco por ciento.

Estos son progresos que prometen otros mayores.

Pido solamente, al terminar mi tarea, dejar al país con doce millones de rentas, con treinta mil inmigrantes, con quinientas millas de ferrocarril, gozando de paz y prosperidad, y quedaré satisfecho, como ahora lo estoy al brindar por el fecundo consorcio del capital inglés y del progreso argentino. (Aplausos prolongados.)

XXV

PROCLAMA Á LA GUARDIA NACIONAL DE BUENOS AIRES AL MARCHAR Á LA CAMPAÑA DE PAVÓN

Julio 1.º de 1861.

¡Guardia Nacional de Buenos Aires!

Saludo en vuestras banderas el símbolo sagrado de las glorias argentinas, que vuestros antecesores, los antiguos patricios, pasearon en triunfo por la América del Sur. Saludo en vosotros á los constantes sostenedores de las libertades de Buenos Aires por el espacio de nueve años, así en la prosperidad como en el infortunio.

Bajo el amparo de vuestras bayonetas cívicas ha crecido una generación inteligente y varonil, que ha venido á engrosar los batallones populares. Veo aquí, con el fusil al hombro, y prontos á combatir por la gloria y el derecho del pueblo de Buenos Aires, á los niños que á la caída de la tiranía, apenas podían balbucear el nombre de la patria. Aquí veo, resueltos como siempre, á los fundadores de la Guardia Nacional que organicé en la memorable revolución del 11 de septiembre. Aquí están los que me acompañaron en los combates del primer sitio, y dieron á la libertad su contingente de sangre, salvándola con su coraje en la situación más angustiosa por que haya pasado el país. Aquí están también mis bravos compañeros en la jornada de Cepeda, los que uno contra siete salvaron el honor de nuestras armas, y que después de concurrir á un combate naval en las aguas del Paraná, vinieron cubiertos aún con el polvo del campo de batalla, á salvar nuevamente á Buenos Aires en unión de sus hermanos al pie de sus inexpugnables trincheras.